

***El Héroe* de Baltasar Gracián: transcripción del autógrafo**

***El Héroe* by Baltasar Gracián: Transcription of the Autograph Manuscript**

Luis Sánchez Laílla

Universidad de Zaragoza

Departamento de Lingüística y Literaturas Hispánicas, España
lsanlai@unizar.es

RESUMEN

En la estela de los trabajos de Adolphe Coster, Miguel Romera-Navarro y Aurora Egido sobre el manuscrito autógrafo de *El Héroe* de Baltasar Gracián, este trabajo presenta la primera edición no facsimilar del documento, partiendo de los presupuestos teóricos y metodológicos de la filología de autor. El autógrafo es un pre-texto complejo de una obra *in fieri* que contiene un estadio redaccional íntegro y muy cercano al del impreso de Huesca (1637) y, como tal, merece una consideración autónoma. Esta edición ofrece una transcripción completa y normalizada de la última versión recogida en el autógrafo, donde hay abundantes correcciones y variantes. El editor ha intervenido mínimamente, solucionando erratas, restituyendo elementos y rellenando las lagunas del autógrafo con el texto del impreso. Con este trabajo se abre el camino para la recuperación integral de la obra mediante una edición histórico-crítica y una edición hipertextual en la que la transcripción del autógrafo adquirirá pleno sentido. La edición histórico-crítica del tratado recogerá el aparato evolutivo resultante del cotejo del autógrafo en su estadio final con la edición de 1637 —tarea que no se pudo ofrecer a los editores precedentes— y la reedición de 1639. La contemplación del documento como texto completo y coherente sirve también para apoyar la hipótesis de su inmediatez con el original de imprenta.

PALABRAS CLAVE

Baltasar Gracián, *El Héroe*, filología de autor, autógrafo, prosa barroca.

ABSTRACT

Following the previous approaches to the autograph manuscript of Baltasar Gracián's *El Héroe* by Adolphe Coster, Miguel Romera-Navarro and Aurora Egido,

this paper presents the first non facsimile edition of that document, based on the theoretical and methodological principles of the *filología d'autore*. The autograph is a complexe *pre-text* of a work in progress which contains an integral and very close to the edition of Huesca (1637) redactional state, and, as such, it deserves particular consideration. The edition offers a complete and normalized transcription of the last version contained in the autograph, where there are plenty of corrections and variants. The editor has slightly intervened, solving errors, adding some elements and filling gaps with the aid of the published text. Through this task, it is opened the way to a definitive rescue of *El Héroe*, which attends a historical and critical edition and a hipertextual edition as well, in which the transcription of the autograph will get a whole meaning. The historical and critical edition of the treatise will present the evolution of the text through the collation of the autograph in its final state and the editions of 1637 and 1639. The observation of the document as complete and coherent text will be also useful for supporting the hypothesis that it was very close to the original presented to the printers.

KEYWORDS

Baltasar Gracián, *El Héroe*, filología d'autore, autograph, baroque prose.

RECEPCIÓN: 17/12/2021

ACEPTACIÓN: 25/01/2022

Reestablecida por completo la secuencia creativa de *El Héroe* con el hallazgo de un testimonio que acredita la hasta hace poco incierta existencia de la edición de 1637 (Huesca, Juan Francisco de Larumbe),¹ se abre el camino para la recuperación integral de la obra mediante una edición histórico-crítica y una edición hipertextual² que atiendan al manuscrito autógrafo (BNE, ms. 6643), a la primera edición, felizmente recuperada, y a la segunda edición (Madrid, Diego Díaz, 1639). En dicha tarea ocupa un lugar destacado el autógrafo, por ser esta clase de documentos una rareza en el panorama de las letras áureas, y más en los géneros prosísticos que alcanzaron la meta de las prensas. No es raro, pues, que concitara el interés de Adolphe Coster (1911), quien recogió las variantes en el aparato crítico de una edición semipaleográfica de la obra basada en el impreso de 1639, de Miguel Romera-Navarro (1946), autor de una

¹ Este testimonio se conserva desde 2013 en la Biblioteca Nacional de España con la signatura R/41684. Lo editó facsimilamente, con un estudio introductorio, Aurora Egido (2016).

² Tarea en la que trabajo en este momento.

monografía exhaustiva y ejemplar sobre el manuscrito, y de Aurora Egido (2001a), que lo editó facsimilarmente con un enjundioso estudio preliminar. Sin embargo, a pesar de todas estas valiosas aportaciones, propongo aquí un acercamiento novedoso a este testimonio desde la perspectiva de la *filología de autor* —que supone la edición del texto—, con el propósito de ofrecer una presentación legible que facilite su ulterior cotejo con la *editio princeps*, de la que es desarrolladísimo embrión,³ y su empleo en la ya referida edición hipertextual.

Editar el texto del autógrafo puede parecer tarea gratuita porque no se trata de un producto artístico concluso, condición ostentada por la primera edición, aunque tampoco esta sea la versión definitiva, que vio la luz en la segunda edición de *El Héroe*, “nuevamente corregido”, como reza su portada, por el autor.⁴ Llevar a cabo el trabajo en su integridad entraña también sus dificultades, no solo porque en algún lugar —muy pocos, cierto es— resulta ilegible,⁵ sino a causa de las más numerosas correcciones erróneas o descuidadas y de las frecuentes vacilaciones o versiones que Gracián deja en el texto sin dar por buena de forma inequívoca una u otra.⁶ Sin embargo, la naturaleza del documento y el hecho de que presente —encubierto por una maraña de tachaduras y añadidos en interlineados, márgenes y otros espacios en blanco— un estadio redaccional casi cerrado, con la salvedad de unos pocos lugares, justifica el intento de editarlo, aunque, de acuerdo con la crítica genética y la filología de autor,

³ La *filología de autor* plantea la necesidad de la edición de cada uno de los testimonios genéticos de una obra como paso previo para poder hacer una interpretación global del proceso creativo. Como señala Élidea Lois, “es imposible acceder a la etapa interpretativa sin haber transitado por una reconstrucción de la escritura que permita leer sin dificultad” (Lois, 2014: 64-65).

⁴ No cabe ya duda de que Gracián intervino en la edición madrileña, por lo que su texto constituye la versión última del autor: véase Egido (2001a: xxxii; 2001b: xv; y 2016: xix) y Garcés y Laplana (75-76 y 78-79).

⁵ Ya lo indicó Coster: “las correcciones y adiciones son de una letra atropellada y a menudo ilegible” (Coster, 1911: vi).

⁶ Para Romera-Navarro, esto se explica solo por el uso de un método de trabajo concreto: Gracián iba “corrigiendo el borrador y pasando la nueva redacción a otra copia conforme iba avanzando. Así, concebida la idea de una enmienda y seguro de su mejor expresión, no se molestaba en continuar escribiendo en el primer borrador, ni en tacharlo, y la ponía inmediatamente en la copia definitiva” (Romera-Navarro, 1946: 16).

no se trata más que de un *pre-texto*,⁷ y desde esta perspectiva, su tratamiento como *texto* supone, en cierta medida, una mistificación.⁸

Presento aquí, por tanto, la primera edición no facsimilar del autógrafo de *El Héroe*,⁹ testimonio *in fieri* de la obra, que constituye un eslabón de un único proceso creativo, pero que puede legítimamente ser considerado de forma autónoma atendiendo a su naturaleza de único pre-texto conservado.¹⁰ La transcripción ofrecida, según los principios metodológicos de la filología de autor, disciplina de base filológica, corresponde a la “última lección reconstruida en el manuscrito” (Italia y Raboni: 21) y se fundamenta en la elaboración previa de un aparato estrictamente genético —publicado en otro lugar—,¹¹ que registra las fases de su redacción y da cuenta del proceso

⁷ La *critique génétique* francesa y la *filología d'autore* italiana, disciplinas desarrolladas fundamentalmente para el estudio de obras contemporáneas conservadas en manuscritos, aun teniendo muchos puntos de contacto, empezando por la atención a las variantes, presentan principios y metodologías diversos, pues la filología de autor, que no prescinde del texto, es de base filológica. Hoy, sin embargo, se ha superado en gran medida la confrontación de ambas (véase Vauthier, 2014). Lo expresó bien Grésillon: “Il me semble aujourd’hui, malgré nos attitudes de rejet des années 1980-1990, que la critique génétique a absolument besoin de la philologie, comme principe descriptif. Pour le généticien, la philologie est un outil indispensable, elle n’est pas un principe théorique; elle est un moyen, non une fin. La philologie a pour visée le texte, la critique génétique vise les processus de l’engendrement textuel” [“Hoy me parece, a pesar de nuestras actitudes de rechazo de los años 1980-1990, que la crítica genética tiene absoluta necesidad de la filología, como principio descriptivo. Para un genetista, la filología es una herramienta indispensable, no un principio teórico; es un medio, no un fin. La filología tiene por objetivo el texto, la crítica genética se centra en el proceso de generación textual”] (Grésillon, 2014: 37. La traducción es mía).

⁸ Véanse las observaciones al respecto de Javier Blasco (2011: 182). Es la publicación el hecho que da carta de naturaleza al texto o producto final (véase Lois, 2014: 71).

⁹ Hay una reproducción facsimilar en blanco y negro en Egidio (2001a), como hemos dicho. Ahora el autógrafo puede consultarse en mejores condiciones en la Biblioteca Digital Hispánica: <<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000128386&page=1>>. La edición facsimilar es uno de los tipos de edición genética, junto con las ediciones genéticas propiamente dichas en soporte papel o en soporte electrónico (véase Lois, 2014: 65).

¹⁰ La edición de textos *in fieri* es una de las competencias de la filología de autor (véase Italia y Raboni, 2014: 13). Por un lado, el propósito es coincidente con la crítica genética, que tiene “como objetivo esencial la reconstitución de la etapa pre-textual a partir de los manuscritos” (Lois, 2014: 70). Por otro lado, la filología de autor propugna que “se puede ofrecer un texto para cada estado redaccional, cada uno con sus propias variantes internas” (Italia y Raboni, 2014: 22), pues cada etapa del proceso de composición tiene “su propia identidad y valor literario” (Cacho, 2012: 184).

¹¹ Véase mi trabajo: “El autógrafo de *El Héroe* de Baltasar Gracián: nueva visita” (Sánchez, en prensa). En este artículo hay también un análisis descriptivo del autógrafo, en el que se da cuenta de todas sus peculiaridades formales.

dinámico de la escritura hasta llegar a la versión final contenida en el autógrafo.¹² La futura edición histórico-crítica del tratado recogerá el aparato evolutivo resultante del cotejo del autógrafo en su estadio final con la edición de 1637 —tarea que no había sido posible hasta el reciente descubrimiento del ejemplar ya reseñado— y la reedición de 1639. La contemplación del documento como texto completo y coherente sirve también para apoyar la hipótesis de que se trata de una versión muy cercana al autógrafo utilizado en el taller de impresión.¹³

El autógrafo se presenta en una transcripción regularizadora respetuosa con las peculiaridades lingüísticas del siglo XVII, que moderniza tanto las grafías como la acentuación y la puntuación y respeta la distribución en párrafos del original.¹⁴ Las abreviaturas van desarrolladas sin indicación alguna. Donde no ha sido posible descifrar la lección del manuscrito, he indicado esta circunstancia con el signo “[...]” y las lecturas dudosas van señaladas con “[¿...?]”.

A pesar de que la crítica-genética rechaza las intervenciones del editor en el texto, he procedido también a corregir los errores que no quedaban solventados por la regularización ortográfica,¹⁵ como repeticiones innecesarias u olvidos, habituales en los manuscritos.¹⁶ Las restituciones y añadidos del editor están indicados con paréntesis cuadrados. He suprimido, de igual manera, los fragmentos textuales que han perdido valor como consecuencia de la introducción de variantes, pero que Gracián olvida

¹² El paso del autógrafo al impreso, a través, presumiblemente, de copias intermedias hoy perdidas, forma parte del mismo proceso dinámico, y el cotejo de ambos testimonios arroja resultados de la evolución, pero no una imagen del curso vivo de la escritura.

¹³ Expongo esta hipótesis en mi citado trabajo en prensa. Véase, asimismo, mi artículo: “Del escritorio a la imprenta. Mudanzas de *El Héroe* de Baltasar Gracián” (Sánchez, también en prensa).

¹⁴ La separación de palabras sigue criterios modernos, aunque he respetado algunos usos de la escritura de la época que no suponen mayor dificultad para el lector, como las contracciones de la preposición “de” con artículos y demostrativos, y, en sentido contrario, formas como “de el”. Sin embargo, he resuelto la excepcional amalgama “Quel”, en el epígrafe del Primor 11. Para la modernización de las grafías he seguido los mismos criterios empleados en mi edición de *El Criticón* de Baltasar Gracián adonde remito (véase Gracián, 2016, vol. I: LXXVII-LXXXI).

¹⁵ La regularización corrige los frecuentes *lapsus calami*.

¹⁶ Todos ellos registrados en mi trabajo “El autógrafo de *El Héroe* de Baltasar Gracián: nueva visita” (Sánchez, en prensa). La filología de autor asume con naturalidad que “en el caso de errores hay que decidir si se respeta el texto del autógrafo o se corrige lo que puede considerarse una banal errata” (Italia y Raboni, 2014: 21). Cacho Casal se refiere a estos fenómenos como “variantes de transmisión” (Cacho, 2012: 185). A manera de ejemplos de los errores señalados, pueden verse los siguientes: “desmintiendo las atalayas delos <-defectos\ delos desmanes>”, donde se repite por descuido “de los” (Sánchez, 2022a: n.º 40); y “los demas <\prendas> perficiona | la naturaleça”, donde Gracián olvidó corregir “los demás” tras la adición de “prendas” (Sánchez, 2022a: n.º 228).

tachar, circunstancia relativamente frecuente.¹⁷ En los casos en los que el autógrafo presenta más de una lectura posible, pues no hay eliminación efectiva de alguna de las versiones,¹⁸ he optado por transcribir la opción más cercana al impreso de 1637.¹⁹ La misma solución ha sido adoptada cuando hay en el texto un pasaje incompleto.²⁰ He marcado el final de las páginas del texto con una pleca (|) y he indicado entre paréntesis cuadrados su ubicación en el autógrafo cuando hay numeración de folio, para facilitar el trabajo a quien quisiera cotejarlo con el facsímil de *El Héroe*.

¹⁷ Sirva como ejemplo el pasaje siguiente: “la Excelencia <instan\soñada | tanea>, y Caduca desta mortal vida”, donde Gracián sustituye “instantánea” por “soñada”, pero olvida tachar el primer adjetivo, según la práctica habitual cuando un término se superpone a otro en el interlineado (Sánchez, 2022a: n.º 359).

¹⁸ Stussi se refiere a estos supuestos como “variantes no realizadas” o “variantes alternativas” (Stussi, 2007: 171). Son “lecciones competidoras entre las cuales el autor no logra decidirse o, en cualquier caso, no deja entender con claros signos que sabe decidirse” (Italia y Raboni, 2014: 47).

¹⁹ Así ha sido, por ejemplo, en el epígrafe del último primor. El autógrafo presenta cinco versiones, dos de ellas tachadas y otras tres sin tachar, en las que es difícil establecer un orden de redacción: “<-que lavirtud es> | <-quetodo luçimiento> | queno hay grandeca sin virtud | que <-no hay\todo> esplendor sale del centro de la virtud | vaya el mexor gajo dela corona del <-alma> animo” (Sánchez, 2022a: n.º 334). He transcrito, por tanto, la última por ser la más próxima a la del impreso.

²⁰ Verbigracia, el siguiente pasaje: “el rey delos metales pasando | deun mundo aotro paso deun | estremo de” (Sánchez, 2022a: n.º 277). Esta oración quedó truncada en el autógrafo y Gracián la completó en el impreso añadiendo “desprecio a otro de estimación”.

El Héroe¹

De

Lorenzo Gracián

Dedicado a la Sacra Católica Real Majestad
del Rey Nuestro Señor don Felipe
el Cuarto

[h. 1r]

Señor,

este juguete de grandeza, este melindre de discreción llega a los reales pies de Vuestra Majestad a blasonar lauro en las dos plantas, corona cada una de un mundo. Colora su atrevimiento con que, siendo traslado de grandeza, acude a examinarse con su original. Afecta el patrocinio de quien recibió el ser y quiere deberse todo a Vuestra Majestad como a idea y como a centro. Si mereciere ser el menino de los libros en el museo real, presumirá eternidad a sombra de la inmortalidad de un monarca por cuya felicidad y valor la augustísima casa de Austria se admira ya sublimada de archiduques a archirreyes, y España, su católico blasón, empinado a superlativo. Prospere el cielo, (quedé corto) eternice la sacra, católica y real persona de Vuestra Majestad para atlante de su Iglesia, trono de la fe, sol de España, corona del orbe, | [h. 1v] aplauso de los siglos y fénix de la fama. |

[h. 2r]

Letor,

¡qué singular te deseo! Emprendo el formar con un libro enano un varón gigante, y con breves periodos, inmortales hechos; sacar un varón máximo, esto es, milagro en perfección y, ya que no por naturaleza, rey por sus prendas, que es ventaja.

Formáronle prudente Séneca, sagaz Esopo, belicoso Homero, Aristóteles filósofo, Tácito político y cortesano el Conde.

Yo, copiando algunos primores de tan grandes maestros, intento bosquejarle héroe y universalmente prodigio. Para esto forjé este espejo manual de cristales ajenos

¹ Biblioteca Nacional de España, ms. 6643.

y de yerros míos. Tal vez te lisonjeará y te avisará; tal vez en él verás o lo que ya eres o lo que debes ser.

Tendrás una no política ni aun económica, sino una singular razón de estado de ti mismo, una brújula de marear a la excelencia, | [h. 2v] un arte de ser ínclito con pocas reglas de discreción.

Escribo breve, digo corto, por tu mucho entender y por mi poco pensar. Ni quiero detenerte más porque pases adelante. |

[h. 3r]

PRIMOR PRIMERO

Que el héroe platique incomprehensibilidades de caudal

Sea esta la primera destreza en el arte de entendidos, grado de justicia a su sutileza. Gran treta es ostentarse al conocimiento, pero no a la comprensión; cebar la expectación, pero no desengañarla del todo. Prometa más lo mucho, y la mejor acción deje siempre esperanzas de mayores.

Escuse a todos el discreto sondarle el fondo a su caudal, si quiere que le veneren todos. Formidable fue un río hasta que se le halló vado, y venerado un varón hasta que se le conoció término al valor. Al más temido golfo se le perdió el recelo con la sonda, y al que antes temían urcas, ya se le atreven lanchas, porque presumida y ignorada profundidad siempre mantuvo el crédito.

Culta propiedad fue llamar señorear al descubrir, mudando luego la superioridad de sujetos; si | [h. 3v] el que comprende señorea, el que se recata nunca cede.

Compita la destreza del advertido en templarse con la curiosidad del atento en conocerle, que suele esta doblarse a los principios de comunicación.

Nunca el diestro en tirar barra remató al primer lance; vase empeñando con uno para otro, y siempre adelantándolos.

Ventajas son de ente infinito franquear mucho con resto de infinidad. Esta primera regla de grandeza avisa, si no el ser infinitos, a parecerlo, que no es sutileza vulgar.

En este sentir, [¿pierde?] aplausos la paradoja del sabio de Mitilene: “Más es la mitad que el todo”. Porque una mitad en alarde y otra en empeño más es que un todo declarado.

Fue maestro desta y otras destrezas, aquel gran rey, no tanto último de Aragón, cuanto *non plus ultra* de sus heroicos reyes.

Entretenía este católico monarca en atención siempre a todos sus conreyes, más con las prendas de ánimo, | [h. 4r] que cada día brillaba, que con los nuevos reinos que adquiría.

Pero a quien deslumbró este gran restaurador de España fue lo más a su gran consorte; después a los tahúres de palacio, sutiles a brujulear el nuevo rey, desvelados a sonarle el fondo, atentos a medirle el valor.

Pero, ¡qué advertido se permitía y se detenía Fernando!, ¡qué cauto se les concedía y se les negaba! Y, al fin, ganoles.

¡Oh, varón cualquiera que anhelas a la grandeza, alerta al primor! Todos te conozcan y ninguno te abarque; que, con esta treta, lo moderado parecerá mucho, lo mucho infinito y lo infinito más. |

[h. 5r]

PRIMOR 2

Que el héroe desmienta afectos y defectos

Corta quedaría la destreza si, dictando recato a los términos de la capacidad, no encargase disimulo a los ímpetus del afecto. Está tan acreditada esta parte de sutileza, que sobre ella levantaron los dos monarcas políticos toda la máquina de su razón.

El primer paso llega a violentarlos, a disimularlos el segundo. Aquello tiene más de lo valeroso; esto, de lo sagaz. Quien se les rinde, baja de hombre a bruto; quien los reboza conserva por lo menos apariencias de reputación.

Son los achaques de la voluntad declarados desmayos del crédito, y de enfermedades del ánimo muere comúnmente la grandeza.

Si todo exceso en secreto lo es en caudal, sacramentar una voluntad será soberanía. Arguye eminencia de caudal penetrar la voluntad ajena, y concluye superioridad el celar la propia. Es examen de la capacidad | [h. 5v] una ocasión de exceso, y contraste del valor una coyuntura de desaire.

Lo mismo es descubrirle a un varón un afecto que abrirle un portillo a la fortaleza del caudal, pues por allí maquinan siempre los atentos, y las más veces asaltan con vitoria. Sabidos los afectos, son sabidas las entradas y salidas de una voluntad, con señorío en ella a todas horas.

Soñó dioses a muchos la inhumana gentilidad, aun no con la mitad de servicios de Alejandro, y negole al vitorioso macedón el predicamento de deidad. Al que ocupó mucho mundo, no le señaló poco cielo; pero ¿de dónde tanta escasez, cuando tanta prodigalidad?

Asombró Alejandro lo ilustre de sus hazañas con lo vulgar de sus furores, y desmintiose a sí mismo, tantas veces triunfante, con rendirse a las violencias del afecto. Sirviele poco conquistar un mundo al que perdió el patrimonio de los príncipes, digo la reputación.

Es Caribdis de la grandeza la exorbitancia de un querer, y Scila de la reputación la demasía de una pasión declarada, comprendiéndolas a todas. | [h. 6r]

Atienda, pues, el varón excelente, primero a violentar sus pasiones; cuando menos, a solaparlas con destreza y, si no quiere perder méritos de soberanía, ahogue desaires de voluntad, que no se repara en siglos de cordura lo que se desperdicia en instantes de descuido.

Avisa este primor a ser entendidos no siéndolo, y pasa adelante a ocultar todo defecto, desmintiendo las atalayas de los desmanes y deslumbrando los lince de la ajena obscuridad con el sagaz recato.

Aquella católica amazona, desde quien España dejó de invidiar las Cenobias, Tomiris, Semíramis y Pantasileas, pudo ser origen desta sutileza. Metíase a parir en el retrete más oscuro y, celando el real decoro, echaba un sello a los suspiros en el pecho, sin que se le oyese un ay, y un velo de tinieblas a las licencias del semblante. Pero quien así menudeaba en tan escusables achaques, ¡cómo que escrupulearía en los del crédito real!

No graduaba de necio el cardenal Madrucio al que hace la necedad, sino al que, cometida, no sabe ahogarla.

Accesible es el primor a un varón callado: calificada inclinación, mejorada del arte; | [h. 6v] prenda de divinidad, si no por naturaleza, por semejanza. |

[h. 7r]

PRIMOR 3

Que un héroe ha de constar de grandes piezas y cuál la mayor

Grandes partes se desean para un gran todo, y grandes prendas para la máquina de un héroe. Gradúan en primer lugar los apasionados al entendimiento por origen de grandeza; y así como no admiten varón grande sin exceso de entendimiento, así no conocen varón excesivamente entendido sin grandeza.

Es lo mejor de lo visible el hombre, y en él el entendimiento; luego sus victorias, las mayores.

Adecúase esta capital prenda de otras dos, fondo de juicio y elevación de ingenio, que forman un prodigio si se juntan. Señaló pródigamente la filosofía dos potencias al acordarse y al entender. Súfrasele a la política con más derecho introducir división entre el juicio y el ingenio, entre la sindéresis y la agudeza. Sola esta diversidad de entendimientos pasa la verdad escrupulosa, condenando todas las demás a confusión de la voluntad con la mente.

Es el juicio trono de la prudencia, es el ingenio esfera de la agudeza; | [h. 7v] cuya eminencia y cuya medianía deba preferirse, es pleito ante el tribunal del gusto. Aténgome a la que así imprecaba: “Hijo, Dios te dé entendimiento del bueno”.

La valentía, la prontitud, la sutileza del ingenio, sol es de este mundo en cifra, si no rayo, vislumbre de divinidad. Todo héroe participó excesos de ingenio. Son los dichos de Alejandro esplendores de sus hechos. Fue pronto César en el pensar como en el hacer. Pero, reconociendo los héroes verdaderos, equívocase en Augustino lo augusto con lo agudo, y en el lauro que dio Huesca para coronar a Roma compitieron la constancia y la agudeza.

Son tan felices las prontitudes del ingenio cuan infaustas las de la voluntad. Alas son para la grandeza, con que muchos se remontaron del centro del polvo al del sol en lucimientos.

Dignábase un día el Gran Turco desde un balcón antes al vulgo de un jardín que al de la plaza, violencias de la majestad y grillos del decoro. Comenzó a leer | [h. 8r] un papel que, o por burla o por desengaño de la mayor soberanía, se lo voló el viento de los ojos a las hojas. Aquí los pajes, émulos dél y de sí mismos, volaron escala abajo con alas de lisonja. Uno dellos, Ganimedes de su ingenio, supo hallar atajo, pues se arrojó por el balcón, voló, cogióle y subía cuando los otros bajaban; fue subir con propiedad, porque el príncipe, lisonjeado eficazmente de tanta prontitud en todo, le levantó a su privanza. Que la agudeza, si no reina, debe conreinar.

Es en todo estado la malilla de las prendas la agudeza, pregonera de la reputación, mayor realce cuanto más sublime el fundamento. Son agudezas coronadas ordinarios dichos de un rey. Percieron grandes tesoros de monarcas, mas consérvanse sus sentencias en el guardajoyas de la fama.

Valioles más a muchos capitanes tal vez una agudeza que todo el hierro de las armas, siendo premio de una agudeza una victoria.

Fue examen de reputación al rey de los sabios y al más sabio de los reyes, | [h. 8v] la ingeniosa sentencia en el extremo de pleitos, que lo fue llegar a pleitear los hijos. También requiere ingenio la justicia, y aun en bárbaros tribunales asiste el que es sol della. Compite con la de Salomón la prontitud de aquel Gran Turco: pretendía un judío cortar una onza de carne a un cristiano, pena sobre usura. Insistía en ello con igual terquería a su príncipe que perfidia a su Dios. Mandó el gran juez traer peso y cuchillo: cominole la muerte si cortaba más ni menos. Y fue dar un corte a la lid, y al mundo un milagro del ingenio.

Es la prontitud oráculo en las mayores dudas, esfinge en los enigmas, hilo de oro en laberintos; y suele ser de condición de león, que guarda para los últimos trances su valentía.

Pero hay también perdidos de ingenio como de bienes, pródigos de agudeza: para la presa grave, tagarotes; para la humilde, águilas. Mordaces y satíricos, que si los crueles se amasaron con sangre, estos con veneno. En ellos, la sutileza, con contrariedad, por liviana oprime, sepultándolos | [h. 9r] en el abismo de un enfado y de un desprecio.

Hasta aquí, privilegios de la naturaleza; desde aquí, realces del arte. Aquella engendra la prontitud; esta la alimenta, ya de ajenas sales, ya de prevención y advertencia.

Son los dichos ajenos en una buena capacidad semillas de agudeza, de los cuales, fecundándose el ingenio, brota excesos de prontitud y cosecha de agudezas.

No abogo por el juicio, porque él habla por sí bastantemente. |

[h. 10r]

PRIMOR CUARTO

Corazón de rey

Gran cabeza es de filósofos; gran lengua, de oradores; pecho, de atletas; brazos, de soldados; pies, de cursores; hombros, de palenquines; gran corazón, de reyes (del oráculo del divino Platón, y texto con que en favor del corazón arman algunos pleito a la inteligencia).

¿Qué importa que el entendimiento se adelante, si el corazón se queda? Concibe dulcemente el capricho lo que le cuesta mucho de parir al corazón. Son estériles de efectos por la mayor parte las sutilezas del discurso, flaqueando por su delicadeza.

Proceden grandes efectos de gran causa, y portentos de hazañas de un prodigio de corazón. Son gigantes los hijos de un corazón gigante. Presume siempre empeños de su marca y afecta los primeros asuntos. Grande fue sin duda el corazón de Alejandro, y el archicorazón, pues cupo en un rincón dél todo el mundo, dejando lugar para otros seis. Grande el de César, que | [h. 10v] no hallaba medio entre nada o todo.

Es el corazón el estómago de la fortuna, que digiere con igual valor sus extremos. Un gran buche no se embaraza con grandes bocados, no se estraga con la afectación, ni se aceda con la ingratitud. Es hambre de un gigante el hartazgo de un enano.

Aquel milagro del valor, digo el delfín de Francia entonces y Carlos Séptimo después, notificándole la sentencia estrujada en el supremo parlamento por los dos reyes, el de Francia, su padre, y el de Inglaterra, su antagonista, en que le declaraban por incapaz de suceder en la corona de los lilios, respondió invicto que apelaba de ella. Instáronle con admiración que a quién. Y él dijo que a la grandeza de su corazón y a la punta de su espada. Y valiole.

No brilla tan ufano el casi eterno diamante en medio de los voraces carbunclos como *soliza* (si así se puede decir) un heroico corazón en medio de las violencias de un aprieto con vitoriosa intrepidez. Rompió con solos cuatro de los suyos el Aquiles moderno, | [h. 11r] Carlos Manuel de Saboya, por medio de cuatrocientas corazas enemigas, y satisfizo a la universal admiración diciendo que no hay compañía en el mayor peligro como la de un buen corazón.

Suple la sobra dél la falta de todo lo demás, siendo siempre el primero que llega a la dificultad y atropella. Presentáronle al rey de Arabia un alfanje damasquino, lisonja para un guerrero. Alabáronle los grandes de la asistencia áulica, no por ceremonia, sí con razón; y atentos a la fineza y arte, alargáranse a juzgarle por rayo de acero, si no pecara algo en corto. Mandó llamar el rey al príncipe para que diese su voto, y podía, pues era el famoso Jacob Almanzor. Esaminole bien y dijo que valía una ciudad, proprio apreciar de un príncipe. Instó el rey que si le hallaba alguna falta. Respondió que todas eran sobras. “Pues, príncipe, estos caballeros lo condenan por corto”. Él, entonces, echando mano a su cimitarra, dijo: “Para un caballero animoso nunca hay arma corta, porque | [h. 11v] con hacerse él un paso adelante se alarga ella bastantemente, y lo que le falta de acero lo suple el corazón de valor”.

Corone este intento la magnanimidad en los agravios, timbre agusto de grandes corazones. Enseñó Adriano un raro y nuevo modo de triunfar de los enemigos, cuando al mayor de los suyos le dijo: “Escapástete”. No hay encomio que iguale a la magnanimidad de Luis Duodécimo, ni alabanza bastante a un decir: “No venga el rey de Francia los agravios hechos al duque de Orliens”. Estos son milagros del corazón. |

[h. 12r]

PRIMOR 5

Gusto relevante

Toda buena capacidad fue mal contentadiza. Hay cultura de gusto, así como de ingenio. Entrambos relevantes, son hermanos de un vientre, hijos de la capacidad, heredados en la grandeza por igual. Ingenio remontado nunca sufrió gusto ratero.

Hay perfecciones soles y hay perfecciones luces. Galantea el águila al sol, piérdese el alado gusanillo por la luz de un candil y tómasele la altura a un varón por la elevación de su apreciativa.

Es algo tener buen gusto, mucho tenerlo relevante. Péganse los gustos con la comunicación, y es suerte topar con quien le tiene superlativo. Puede lo más en esto de gustos la inclinación, no poco la aplicación, porque suele despertarse comiendo el apetito.

Tienen muchos por felicidad de prestado gozar de lo que apetecen, condenando a infelices los demás; pero desquítanse estos por los mismos filos, con que es de ver la mitad del mundo | [h. 12v] riéndose de la otra, con más o menos de necesidad.

Es calidad un gusto crítico, un paladar difícil de satisfacerse; los más valientes objetos le temen y las más seguras perfecciones le tiemblan. Es la estimación joya preciosísima, y de discretos el regatearla; toda escasez en moneda de aplauso es noble y, al contrario, desperdicios de estima merecen castigo de bajeza.

La admiración es comúnmente sobreescrito de la ignorancia; no nace tanto de la perfección de los objetos, cuanto de la imperfección de los conceptos. Son únicos los de primera magnitud: sea, pues, raro el aprecio.

Quien tuvo gusto fénix fue el prudente de los Filipo de España, hecho siempre a objetos milagros, y que nunca se pagaba sino de la que era maravilla en su serie. Presentole un mercader portugués una estrella de la tierra, digo un diamante de Oriente, cifra de lo precioso, pasmo de lo brillante; y cuando todos esperaban, si no admiraciones, reparos, escucharon desdenes, no porque afectase el gran | [h. 13r] monarca lo descomido como lo grave, sino porque un gusto hecho siempre a milagros de naturaleza y arte no se pica así vulgarmente. ¡Qué paso este para una hidalga fantasía! “Señor —dijo el portugués—, setenta mil ducados que abrevié en este nieto del sol no son de asquear”. Apretó el punto Filipo y djóle: “¿En qué pensábadeis cuando disteis tanto?”. “Señor —acudió él—, pensaba en que había un rey Filipo en el mundo”. Cayole al monarca en picadura más la agudeza que la preciosidad, y al punto mandó pagarle el diamante y premiar el dicho, ostentando la superioridad de su gusto en el aprecio y en el premio.

Califican algunos que el que no excede en la alabanza vituperata. Yo diría que las sobras de alabanza son faltas de la capacidad y, que el que alaba sobrado, o se burla de sí o de los otros. No tenía por oficial | [h. 13v] el griego Agesilao al que calzaba a un pigmeo el zapato de Encélado y, en materia de alabanza, es arte medir justo.

Estaba el mundo lleno de las proezas del que fue alba del mayor sol, digo de las vitorias de don Hernando Álvarez de Toledo y, con llenar un mundo, no mediaban su gusto. Estrañándole la causa, respondió que, en cuarenta años de vencer, teniendo por campo toda Europa, por heredera todas las empresas de su tiempo, todo le parecía nada, pues nunca se había visto un ejército de turcos delante donde la vitoria fuera triunfo de la destreza y no del poder; donde la excesiva potencia humillada ensalzara la experiencia y el saber de un capitán. Tanto es menester para acallar un gusto de un héroe.

No amaestra el primor a ser Momo un varón culto, que es insufrible destemplanza; sí a ser integérrimo crítico de lo que vale. Hacen algunos esclavo al juicio del | [h. 14r] afecto, pervirtiendo los oficios al sol y a las tinieblas. Merezca cada cosa la estimación por sí, no por sobornos del gusto.

Solo un gran conocimiento, ayudado de una gran plática, basta a saber los precios de lo perfecto. Y donde el varón discreto no puede sin escrúpulo votar, no se arroje; váyase moderando, no descubra antes la falta que la sobra en el objeto. |

[h. 15r]

PRIMOR 6

Que no puede haber héroe sin eminencia en algo

Abarcar toda perfección solo se concede al Primer Ser que, por no recibirlo de otro, no sufre limitaciones.

De las prendas, unas da el cielo, otras libra en la propia industria; una ni dos no bastan a realzar un sujeto; cuanto destituyó el cielo de las naturales, supla la diligencia en las adquisitas. Aquellas son hijas del favor, estas de la loable industria, y no suelen ser las menos nobles.

Poco es menester para individuo, mucho para universal; y son tan raros estos, que se niegan comúnmente a la realidad si se conceden al concepto. No es uno solo el que vale por muchos. Grande excelencia en una intensa singularidad cifrar toda una categoría y equivalerla. | [h. 15v]

No toda profesión logra estima; empleo hay que desluce el crédito. Saberlo todo no se censura; platicarlo todo sería pecar contra la reputación.

Artes hay que conseguir en ellas eminencia fue desprecio, y quedarse en una medianía aprecio. Estrañó el segundo Salomón al príncipe el cantar en su retrete, y abonó Filipo el de Macedonia a Alejandro el correr en el estadio. Fue aquélla puntualidad de un prudente, fue éste descuido de la grandeza. Reparolo bien Alejandro, que, a competir con reyes aún probara.

Comúnmente lo que tiene más de lo deleitable tiene menos de lo heroico.

No debe el varón máximo limitarse a una ni otra perfección, sino con latitud de ánimo aspirar a una célebre universalidad, correspondiendo la intensión de las noticias a la excelencia de las artes. Ni basta cualquiera ligera cognición, que suele ser más nota de necia locuacidad | [h. 18r] que fundamento de una sabia entereza.

Alcanzar eminencia en todo es uno de los imposibles; no por remisión de la ambición, sí de la diligencia y aun de la vida. Es el ejercicio el medio para la consumación en lo que se profesa, y falta a lo mejor el tiempo, y más presto el gusto, en tan prolija plática.

Muchas medianías no bastan a agregar una grandeza, y sobra sola una eminencia plausible a asegurar superioridad. No ha habido héroe sin eminencia en algo, porque es el carácter de la grandeza; y cuanto más calificado el empleo, más majestosa la gloria. Es la eminencia en aventajada prenda especie de soberanía, pues llega a pretender su cierta veneración, no contenta con triunfar del aplauso. Aun en regir un globo de viento con maestría soborna admiración: ¿qué será regir con ella un | [h. 18v] acero, una pluma, un bastón, un cayado, un cetro?

Aquel Marte castellano por quien se dijo “Castilla capitanes, si Aragón reyes”, don Diego Pérez de Vargas, con más hazañas que años, retirese a acabarlos a Jerez

de la Frontera. Retirose él, mas no su fama, que cada día se estendía por el universo. Solicitado de ella Alfonso, rey novel, pero antigo apreciador de una eminencia, y más en armas, fue a buscarle disfrazado con solos cuatro caballeros. Que la eminencia es imán de voluntades, no de hierros. Llegado el rey a Jerez y a su casa, no le halló en ella. Y a quien no se le había hecho de mal ir desde la corte a Jerez, no se le hizo ahora ir desde la casa al campo, donde el Vargas, enseñado a camppear, entretenía su inclinación. Descubriole el rey desde lejos que con una hoz en la mano iba descabezando vides con más dificultad que en otro tiempo moros. Mandó Alfonso hacer alto a los suyos y | [h. 19r] emboscarse. Apeose del caballo y, con majestosa galantería, comenzó a ir cogiendo los sarmientos que el Vargas, divertido, derribaba. Acertó este a volver la cabeza, avisado de algún ruido o, lo que es más cierto, de algún fiel impulso de su corazón. Y, cuando conoció al rey, arrojándose a sus plantas, le dijo: “Señor, ¿qué hace Vuestra Majestad?”. “Proseguid —dijo Alfonso—, que a tal podador, tal sarmientador”. ¡Oh, triunfo de la eminencia!

Anhele a ella el varón raro, con seguridad de que lo que le costare de fatiga lo logrará de reputación. Que no sin propiedad consagró la gentilidad el buey a Hércules, en misterio de que el honesto trabajo es una sembrera de hazañas que promete cogida de fama, de aplauso, de inmortalidad. |

[h. 16r]

PRIMOR SÉPTIMO

Eminencia de primero

Hubieran sido algunos fenis en los empleos a no irles otros delante. Gran ventaja el ser primero y, si con excelencia, doblada. Gana, en igualdad, el que ganó de mano.

Son tenidos por imitadores de los pasados los que les siguen y, por más que suden, no pueden purgar la presunción de imitación. Álzanse los primeros con el mayorazgo de la fama y quedan para los segundos mal pagados alimentos.

Dejó de estimar la novelera gentilidad a los inventores de las artes y pasó a venerarlos. Trocó la estima en culto, ordinario error, pero que exagera lo que vale una primería.

Mas no consiste la gala en ser primero en tiempo, sino en ser el primero en la eminencia. Es la pluralidad descrédito de sí misma, aun en preciosas perfecciones; al contrario, la rareza encarece la estimación.

Es, pues, destreza no común inventar nueva senda para la excelencia, | [h. 16v] hallar moderno rumbo para la celebridad. Son multiplicados los caminos que llevan a la singularidad, no todos trillados; antes, los más arduos son atajos de la discreción.

Echó sabiamente Salomón por lo pacífico, cediéndole a su padre lo guerrero; mudó el rumbo y llegó sin tanta dificultad al predicamento de los héroes. Afectó Tiberio conseguir por lo político lo que Augusto por lo magnánimo. Y nuestro gran Filipo gobernó desde el trono de su prudencia todo el mundo, con pasmo de todos los siglos; y si el César, su invicto padre, fue un prodigio del esfuerzo, Filipo lo fue de la prudencia.

Ascendieron con este aviso muchos de los soles de la Iglesia al cenid de la celebridad: unos por lo eminentemente santo, otros por lo sumamente docto; cuál por la magnificencia en las fábricas, y cuál por saber realzar la dignidad. Con esta novedad de asuntos se hicieron lugar siempre los advertidos en la matrícula de los magnos. | [h. 17r]

Sin salir del arte, sabe el ingenio salir de lo ordinario y hallar en la encanecida profesión nuevo paso para la eminencia. Aun en la inútil poesía cedióle Horacio lo épico a Virgilio, y Marcial lo lírico a Horacio. Dio por lo cómico Terencio, aspirando todos a la ufanía de primeros en su género. Que el alentado capricho nunca se rindió a la fácil imitación.

Vio el otro vitoreado pintor que le habían cogido la delantera el Ticiano, Rafael y otros; estaba más viva su fama cuando muertos ellos. Valiose de su invencible inventiva y dio en pintar a lo grueso, pero con valentía; objetáronle algunos que por qué no pintaba a lo suave y pulido, en que podía emular al Ticiano, y satisfizo con decir que quería más ser primero en aquel género que segundo en el mayor.

Estiéndase el ejemplo a todo empleo, y todo varón raro entienda bien la treta: que en la eminente novedad sabrá hallar atajo para la grandeza. |

[h. 20r]

PRIMOR 8

Que el héroe elija empeños plausibles

Dos patrias produjeron dos héroes: a Hércules, Tebas; a Catón, Roma. Fue Hércules aplauso del mundo, fue Catón enfado de Roma. Al uno admiraron todas las gentes, al otro esquivaron los romanos. No admite controversia la ventaja que le llevó Catón a Hércules, pues le excedió en prudencia; pero ganole Hércules a Catón en fama. Más de arduo y primoroso tuvo el asunto de Catón, pues se empeñó en domeñar monstruos de costumbres, si Hércules de naturaleza; pero tuvo más de famoso el del tebano. La distancia consistió en que Hércules emprendió hazañas plausibles y Catón odiosas. La plausibilidad del empleo llevó la gloria de Alcides a los términos del orbe y pasara adelante si ellos se alargaran más. Lo | [h. 20v] desapacible del empleo circunscribió a Catón dentro de las murallas de Roma.

Con todo esto, prefieren algunos, y no los menos juiciosos, el asunto primoroso al más plausible, y puede más con ellos la admiración de pocos que el aplauso de muchos y vulgares.

Milagros de ignorantes llaman a los empeños plausibles. Lo arduo de un superior asunto pocos lo perciben, pero eminentes, y así lo aplauden raros. La facilidad del plausible permítase a todos, vulgarízase, y así el aplauso tiene de ordinario lo que de universal. Vence la intensión de pocos a la numerosidad de un vulgo entero.

Pero, con licencia de los críticos, elijo el partido de los más. Destreza es topar con los empleos plausibles; punto de discreción usurparse la atención común en el asunto plausible. Manifiéstase a todos la eminencia, y a votos de todos se gradúa la reputación. Débense estimar en mucho los muchos. Es palpable la excelencia en tales hazañas, y así, con evidencia, plausible; las primorosas tienen mucho | [h. 21r] de lo metafísico, dejando la celebridad en opiniones.

Empleo plausible llamo aquel que se ejecuta a vista de todos y a gusto de todos, con el fundamento siempre de la reputación, por excluir aquellos tan faltos de crédito cuan sobrados de ostentación. Rico vive de aplauso el teatro y muere pobre de reputación. Ser, pues, eminente en noble asunto, expuesto al universal teatro: eso es conseguir soberanía de plausibilidad.

¿Qué príncipes ocupan los catálogos de la fama, sino los guerreros? A ellos se les debe en propiedad el renombre de magnos. Llenan el mundo de aplauso, los siglos de fama, los libros de proezas, porque el guerrero tiene más de plausible que el pacífico. Entre los jueces los justicieros son inmortales, porque la justicia sin crueldad siempre fue más grata al vulgo que la piedad remisa.

En las obras del ingenio triunfó siempre la plausibilidad. Recrea los ánimos un orador con los discursos plausibles, que otro con lo seco de los metafísicos y intrincados los atormenta; y aun la cómica de España sacudió los rigores del arte por lo dulce de la plausibilidad. |

[h. 22r]

PRIMOR 9

Del quilate rey

Dudo si he de llamar saber o suerte al topar un héroe con la prenda relevante en sí, con el atributo rey de su caudal.

En unos reina el ánimo, en otros la inteligencia, y es punto de necedad querer uno estudiar con el corazón y pelear otro con la sutileza. Conténtese el pavón con su rueda, préciase el águila de su vuelo. Gran monstruosidad aspirar el avestruz a remontarse, expuesta a ejemplar despeño; consuélase con la bizarría de sus plumas.

No hay hombre que en algún género de empleo no hubiera conseguido la eminencia, y vemos ser tan pocos, que se denominan raros, tanto por lo único como por lo excelente y, como la fenis, nunca salen de la duda.

Ninguno se tiene por inhábil para el mayor empleo, pero lo que lisonjea la pasión desengaña tarde el tiempo. Escusa es no ser eminente | [h. 22v] en el mediano por ser mediano en el eminente; pero no la hay en ser mediano en el ínfimo, pudiendo ser primero en el sublime.

Enseñó bien el poeta: “Tú no emprendas asunto en que te contradiga Minerva”. Pero pocos abrazan el precepto: no hay cosa más difícil que desengañar de capacidad.

¡Oh, si hubiera espejos de entendimiento como los hay del rostro! Él lo ha de ser de sí mismo y falsificase fácilmente. Todo juez de sí mismo se absuelve aun cuando no hay arbitrio.

Grande es la variedad de inclinaciones, prodigio deleitable de la Naturaleza; tanta como en rostros, voces y temperamentos. Tantos son los gustos cuantos los empleos. A los más viles y tal vez infames no les faltan aficionados. Y lo que no pudiera recabar la poderosa providencia del más político rey, facilita la inclinación. Si el monarca hubiera de repartir las mecánicas tareas (“Sed vos labrador y vos sed marinero”), no pudiera salir al cabo. Ninguno estuviera contento, aun con el más civil empleo, y ahora la elección propia se apasiona por el más villano. | [h. 23r]

Mucho puede la inclinación y, si se aúna con las fuerzas, todo lo vencen; pero lo más ordinario es desavenirse. Debe, pues, el prudente halagar el gusto y ajustarle sin despotiquez con las fuerzas; y, reconociendo en sí la prenda relevante, búsquele empleo de su marca.

Nunca hubiera llegado a ser Alejandro español el heroico marqués del Valle, don Fernando Cortés, si no hubiera barajado los empleos. Cuando mucho, por las letras hubiera llegado a una vulgarísima medianía, y arribó por las armas a la suma eminencia, pues hizo trinca con Alejandro y César, repartiéndose entre los tres la conquista del mundo. |

[h. 24r]

PRIMOR DÉCIMO

Que el héroe ha de tener tanteada su fortuna al empeñarse

La fortuna, menos conocida cuanto más conocida, no es otra, hablando a lo cuerdo y aun católico, que la soberana Providencia, asistiendo a sus causas, unas veces ejecutando y otras permitiendo.

Esta es aquella reina tan soberana, inscrutable, inexorable, risueña con unos, esquiviva con otros, ya madre, ya madrastra, no por pasión, sí por arcanidad de sus inaccesibles juicios.

Regla es de muy maestros en la discreción tener observada su fortuna y la de sus adherentes. Y el que la experimentó madre, logre el regalo, empéñese con bizarría, que como amante se deja lisonjear de la confianza.

Tenía bien tomado el pulso a su fortuna el César cuando, alentando al desmayado barquero, le decía: “No temas, que agravia a la fortuna de César”. No acudió a otra sagrada áncora en medio de la deshecha tempestad que a su dicha, ni temió los vientos contrarios el que | [h. 24v] llevaba en popa los alientos de la fortuna. ¿Qué importa que el aire se perturbe, si el cielo se serena? ¿Que el mar brome, si las estrellas se ríen?

Pareció en muchos temeridad un empeño, y no fue sino destreza, atendiendo al favor de la fortuna. Perdieron algunos, al contrario, grandes lances por no tener comprensión de su dicha. Hasta el ciego jugador consulta la suerte al arrojarse.

Gran prenda es, y al parecer de muchos la primera, ser un varón afortunado. Es en todo empleo fundamento de la felicidad. Estiman algunos más una onza de ventura que un quintal de sabiduría; otros, al contrario, que fundan crédito en la desdicha así como en la melancolía: ventura dicen de necio y méritos de desgraciado. Suple con oro la fealdad de la hija el astuto padre.

Deseó Galeno al médico afortunado, al capitán Vegecio, y Aristóteles a su monarca. A todo héroe le apadrinaron el valor y la fortuna, de los dos adecuándose una grandeza.

Quien de ordinario experimentó madrastra en la fortuna amaine y no porfie, que peligra en el escollo de un terco disfavor. Y permítaseme en esta ocasión hurtarle el dicho al filósofo poeta, | [h. 25r] con obligación de restituirlo en consejo a los amantes de la prudencia: “Tú no hagas ni aun digas cosa alguna invita fortuna”.

El benjamín hoy de la fortuna es, con evidencia de su esplendor, el heroico, agusto y serenísimo señor cardenal infante de España, don Fernando, centro de las hazañas de todos los famosos Fernandos, sus antecesores; nombre no, corona sí de felicidades. Aguardaba el orbe con atención su fortuna, satisfecho asaz de su valor, y declarole esta gran princesa por su amartelado en la primera ocasión; digo en aquella, tan inmortal para los suyos como mortal para sus enemigos, batalla de Norlinguen, con progresos de finezas en Alemania y Francia, y con el resto de todo su favor en Hierusalén.

Parte es deste político primor saber discernir los bien y mal afortunados, para chocar o ceder en la competencia. Conoció bien Solimán la gran felicidad de nuestro César y temiola más a ella sola que a todos los tercios de Poniente, como dijeron algunos. Amainó con | [h. 25v] tiempo y valiole, ya que no la reputación, la vida y la corona. No así el primer Francisco de Francia, que quiso ignorar su fortuna y la del César; y así, por delincuente de prudencia, le condenaron a cautiverio.

Péganse con facilidad la próspera y adversa fortuna a los del lado. Atienda, pues, el discreto al ladearse y, en el juego deste triunfo, sepa encartarse y descartarse con ganancia. |

[h. 26r]

PRIMOR 11

Que el héroe sepa dejarse, ganando con la fortuna

Todo móvil inestable tiene aumento y declinación. Añaden otros estado donde no hay estabilidad. Gran providencia es saber prevenir la infalible declinación de una voluble rueda. Sutileza de tahúr saberse dejar con ganancia, donde la prosperidad es de juego y la desdicha de veras.

Mejor es tomarse la honra que aguardar a la rebatiña de la fortuna, que suele en un tumbo alzarse con la ganancia de muchos lances.

Faltarle de constante lo que le sobra de mujer, sienten algunos escocidos. Y añadió el marqués de Mariñano, para consuelo del emperador sobre Metz, que no solo tiene inestabilidad de mujer, sino liviandad de joven en no hacer cara sino a los mozos. Mas yo digo que no son livianas variedades de mujer, sino la alternativa de una justísima Providencia.

Acierte el varón raro [a] serlo en esto recogiendo al sagrado de un | [h. 26v] honroso retiro. Tan calificada es una bella retirada como una denodada acometida. Hay hidrónicos de dichas y es linaje de valentía vencerse cuando está bailando el agua en el cristal.

Sea augusto ejemplar deste primor aquel gran mayorazgo de la dicha y el máximo de los Carlos. Coronó este emperador con glorioso fin todas sus hazañas. Triunfó del orbe con la fortuna, y al cabo triunfó de la misma fortuna. Amainó cuando más en popa le alentaba su felicidad y supo acabar bien, que fue echar el sello a tanta proeza.

Bien al contrario, perdieron otros todo el caudal de su fama en pena de su codicia. Tuvieron monstruoso fin grandes principios de felicidad que, a valerse desta treta, pusieran en cobro la reputación. Ganó doce batallas campales el M. y en la 12 acabó con la vida y con la honra. Quien tiene mucho que perder vaya con tiento.

Tomarle el pulso a la fortuna no es tan fácil. Con todo, se hallan apariencias de su declinación, prosperando muy aprisa, atropellándose unas a otras las felicidades. Siempre fue sospechosa al varón sagaz. Ahogada del tiempo, suele menudear y quita del tiempo lo que añade de favor.

Fortuna también envejecida cerca está de espirar. Felicidades continuadas sin el agridulce del azar [...]. Tuvo 3 alegrones en un día Filipo, y entre ellas el nacimiento

de Alejandro; y volviéndose al cielo, pidió le saborease tanta dulzura con el agrio de algún leve azar. |

[h. 28r]

PRIMOR 12

Gracia de las gentes

Poco es conquistar el entendimiento si no se gana la voluntad, y mucho rendir con la admiración la afición juntamente. Muchos, con plausibles empresas, mantienen el crédito pero no la benevolencia.

Conseguir esta gracia universal algo tiene de estrella, lo más de propia industria. Discurrirán otros al contrario, cuando a igualdad de méritos corresponden con desproporción los aplausos. Lo mismo que en uno es imán de las voluntades es en otro conjuro. Mas yo siempre le concederé aventajado el partido al arte.

No basta eminencia de prendas para la gracia de las gentes, aunque se supone. Fácil es de ganar el afecto, granjeado el aprecio, porque la estima muñe con diligencia la afición.

Ejecutó los medios felizmente para esta común gracia, aunque no así para la de su rey, aquel infaustamente ínclito duque de Guisa, a quien hizo grande un rey favoreciéndole | [h. 28v] y mayor otro emulándole: el tercero, digo, de los Enricos franceses (fatal nombre para príncipes en todos reinos, que en tan soberanos sujetos hasta los nombres descifran oráculos). Preguntó un día este rey a sus continos: “¿Qué hace Guisa, que así hechiza las gentes?”. Acudió uno, extravagante áulico, único en este tiempo: “*Sire*, hacer bien a todas manos: al que no llegan derechamente sus benévolo influjos, alcanzan por reflexión, y cuando no obras, palabras. No hay boda que no festeje, bautismo que no apadrine, entierro que no honre; es cortés, humano, liberal, honrador de todos, murmurador de ninguno y, en suma, es el rey en el afecto, si Vuestra Majestad en el efecto”.

Feliz gracia si la hermanara con la de su rey, que no es de esencia el excluirse, por más que diga Bayaceto que la plausibilidad del ministro causa temor al patrón. Y de verdad que la de Dios, del rey y de las gentes son tres gracias más bellas que las que fingieron los antiguos. Danse la mano todas tres pero, si ha de faltar | [h. 29r] alguna, sea por orden.

El más poderoso hechizo para ser amado es amar. Es ciego el vulgo en proseguir, si furioso en perseguir. El primer móvil de su séquito, después del crédito, es la cortesía, la humanidad y la generosidad; con estas llegó Tito a ser llamado las “Delicias del orbe”.

Iguala la palabra cortés de un superior a la obra de un igual, y excede la cortesía de un príncipe al don de un plebeyo. Con solo olvidarse por breve rato de su grandeza el magnánimo don Alonso, apeándose del caballo para socorrer a un villano, conquistó las guarnecidas murallas de Gaeta, que a fuerza de bombardas no mellara en muchos días. Entró primero en los corazones, y luego con facilidad en la ciudad.

No le hallan algunos destempladamente críticos al grande de los capitanes otros méritos para su antonomasia sino la común benevolencia. Diría yo que, entre muchas prendas, merecedora cada una del plausible renombre, fue esta relevante. | [h. 29v]

Hay gracia de historiadores también, tan importante cuanto tiene de inmortal, porque son sus plumas las trompas de la fama. Miente tanto por lo menos como los poetas, sino que estos tienen la fama; y con esta diferencia: que los poetas mienten a una lengua, esto es, queriendo, y los historiadores a dos, queriendo y no queriendo; y otro tercer modo han hallado de mentir, que es callar. Importa, pues, a un héroe tener por enemigo a ninguno, por amigos a los más famosos, que retratan no el cuerpo sino el ánimo, que son pintores del alma. Invidió Alejandro a Aquiles no las hazañas, sí la musa de Homero. Decía [Corvino] que en dos cosas consistía la grandeza de un héroe: en hacer cosas dignas de ser escritas y en alargar la mano con los historiadores, porque ellos la alarguen. |

[h. 30r]

PRIMOR 13

Despejo

El despejo, alma de toda perfección, espíritu de toda prenda, gallardía de las acciones, gracia de las palabras y hechizo de todo buen gusto, percíbese mejor que se declara.

Consiste en una cierta airosidad, en una indecible gracia, tanto en el decir como en el hacer. Tiene de natural lo más, reconoce a la observación lo menos. Hasta ahora no se ha sujetado a preceptos, superior siempre a toda arte. Por lo tirano de el gusto le llamaron algunos garabato; por lo imperceptible, donaire; por lo gallardo, brío; por lo galán, despejo; por lo fácil, desenfado.

Agravio se le hace en confundirle con la facilidad; déjala muy atrás y adelántase a bizarría. Bien que todo despejo supone desembarazo, pero añade perfección.

Tienen su Lucina las acciones y débesele al despejo el salir bien. Sin él, la mejor ejecución es muerta; la mayor perfección, desanimada. Ni es tan accidente que no sea el principal alguna vez. No solo sirve al | [h. 30v] ornato, sino que apoya lo importante.

No es solo realce de las perfecciones del cuerpo, sino de las prendas del ánimo; es lisonja del ingenio y es adulación del valor; es alma de la hermosura y es vida de la prudencia.

¿Qué capitán, qué juez, qué orador, qué rey pudo campear, juzgar, persuadir y regir sin el despejo?

Es un realce de los mismos realces; es una perfección de las mismas perfec[io- nes]. Las demás prendas perficiona la naturaleza, pero él esmalta las mismas prendas, de suerte que es perfección de la misma perfección. Tiene con transcendencia su imperio y es corona de todos los blasones. | [h. 31r]

Al centro de los héroes, si no el origen de Césares y de Alejandros, émulo común de todos ellos, tantas veces máximo cuantas son sus grandes realidades, no ya grandezas, sino maximidades, digo al rey nuestro señor, don Filipe el 4, débesele el lugar como a idea universal en todos los primores, pero en este pasa de idea a milagro, pues no deja lugar a imitación. Dudábase hasta de ahora su título de héroe, que si los reyes los dan a los demás, a ellos se les da la fama; y augmentaba a la duda la indiferente pluralidad de tanto blasón: el afortunado continúa el más discreto aplauso, por serlo de todos cuatro costados, en causas y en efectos, en padres, en consorte, en heredero, hermanos y en privado; el animoso por su valor; el ingenioso por su eminencia en todo lo mejor; el galán por su bizarría; el alentado por su brío. Pero el despejo pudo allanar la duda y merecerle el renombre de despejado. Es prodigio su despejo en el caballo y es portento en el dosel; no ya grandeza, sino maximidad, que el rey de reyes se aventaje en el realce de todos los realces. |

[h. 32r]

PRIMOR 14

Imperio natural

Empéñase este primor [en] una prenda sutil. Corriera riesgo por lo metafísico pero el curioso reparo la afianza.

Resplandece en algunos un señorío innato, una secreta fuerza de imperio que se hace obedecer sin exterioridad de preceptos y sin arte de persuasión.

Cautivo César de los isleños piratas, era señor de ellos; mandábales vencido y obedecíanle ellos absolutos. Era cautivo por ceremonia y señor por su real soberanía.

Ejecuta más un varón de estos con un amago que otros con toda su diligencia. Tienen sus razones un tan imperioso vigor, que recaban más por autoridad que por crédito de la evidencia. Sujétaseles el más rebelde orgullo sin advertir el cómo y ríndeseles el juicio más esento.

Tienen estos andado mucho para leones humanos, pues participan lo principal, que es el señorío. Reconocen | [h. 32v] al león las demás fieras en natural presagio y, sin haberle examinado el valor, le previenen vasallaje. Así a estos héroes, tal vez como en profecía, les previenen respeto los demás, sin aguardar la tentativa del caudal.

Realce es este, tan primero cuan rey, realce con corona y, si le corresponden la eminencia del entendimiento y la grandeza del corazón, no le falta nada para constituir un primer móvil político.

Pudiera ser origen deste atributo don Hernando Álvarez de Toledo, en que fue admirable a todos, imitable a ninguno; señor más por su naturaleza que por merced. Fue grande pero nació para mayor, que aun en el hablar no pudo violentar su natural imperio.

Dista mucho de una mentida gravedad, de un afectado entono, quinta esencia de lo aborrecible, no tanto si es nativa, pero que está a los confines [de] enfado.

Pero su mayor oposición mantiene con el recelo de sí, y más cuando se abate a desconfianza, que es del todo cargarse de desprecios. | [h. 33r]

Fue aviso de Catón y propio parto de su severidad que un héroe debe respetarse a sí mismo, y aun temerse y venerarse. El que se pierde a sí mismo el miedo facilita a los demás, y con la permisión propia da paso a la ajena. Mantenga, pues, inviolable el decoro el héroe aun de sí mismo.

Prenda es esta que constituye reyes por méritos de naturaleza, que es heroica reputación. |

[h. 34r]

PRIMOR 15

Destreza del comenzar y renovación de grandeza

Son las primeras ejecuciones examen del valor y un como salir a vistas la fama con el caudal. Importa, pues, que apadrinen el arte y el valor al comenzar, aunque presume lo más la suerte en esto del comenzar bien.

No bastan milagros de progresos a realzar ordinarios principios y, cuando mucho, todo esfuerzo después llega a pasar plaza de remiendo.

Un bizarro principio, a más de que pone en gran punto el aplauso, empeña mucho el valor. Es la sospecha, en materia de opinión a los principios, de condición de precitos, que, si una vez entra, nunca sale del desprecio.

Amanezca un héroe con heroico esplendor; quédense los comunes principios para una ordinaria vulgaridad. Siempre ha de afectar grandes empresas; pero en los principios, máximas. Ordinario asunto no puede conducir extravagante crédito, ni la empresa pigmea puede acreditar de Alcides.

Son fianzas de la opinión los | [h. 34v] aventajados principios y comúnmente del primer crédito se sustenta en adelante el aplauso. Los principios de un héroe han de tirar cien estadios más alto que los fines de otro cualquiera.

Aquel sol de capitanes y general de héroes, el conde invicto de Fuentes, nació al aplauso como el sol, que nace gigante de esplendores. Su primera empresa pudo ser *non plus ultra* de un Marte; no hizo noviciado de fama, el que el primero día profesó inmortalidad. Contra el parecer de los más, cercó a Cambray, por ser extravagante en el valor. Fue antes conocido por héroe que por soldado.

No sabe un varón magno comenzar por poco; nada resta para el que comenzó por todo. Es un heroico comenzar un atajo para la grandeza, siendo rodeos los más llanos. Es un ascender por privilegio o por salto a la última corona.

Mucho es menester para desempeñar una grande expectación. Hazaña esperada, por maravilla que sea, | [h. 35r] nunca satisface a la expectación. Concibe altamente el que aguarda, porque le cuesta menos de imaginar las hazañas que al que ejecuta el obrarlas. Aun en sí mismo cada uno sube cien codos más alta la imaginación que el poder: ¿qué será en el estraño, y más precediendo empeños de opinión?

Una hazaña no esperada altera la admiración, coge de repente la apreciativa y no da lugar a la expectación. Recoge más aplauso una medianía al descuido, o por la novedad o por la prisa, que un extremo prevenido.

Crece más el primer día un cedro que en su primer lustro el hisopo, porque robustas primicias amagan gigantéz.

Grandes son las consecuencias de un máximo antecedente: declárase el valimiento de la fortuna, la grandeza del caudal, el aplauso común, la gracia universal. | [h. 36r]

Pero no bastan alentados principios si son desmayados los progresos. Comenzó Nerón con aplausos de fénix y acabó con desprecios de basilisco.

Opuestos extremos declaran monstruosidad. Grande lo sería, no arte, juntar al rostro humano la cerviz de un caballo cerril. Siempre calificué más por vulgaridad que por proverbio (así como otros) aquel que enseña el desvelarse al comenzar y el dormirse al proseguir.

Tanta dificultad arguye adelantar el crédito como el comenzarlo. Envejecese la fama y llega a caducar el aplauso, como todas las demás cosas; porque las leyes del tiempo no conocen excepción. Al mayor lucimiento, que es del sol, achacaron vejez y con ella descaecimiento en el brillar muchos filósofos.

Es, pues, treta de águila o de fénix el renovar la grandeza, el remozar el crédito y volver a renacer al aplauso.

Alterna el sol horizontes al resplandor; varía teatros a su lucimiento, | [h. 36v] para que, en el uno la privación y en el otro la novedad, mantengan la admiración y el deseo.

Volvían los césares de ilustrar el orbe al oriente de su Roma y renacían cada vez a ser monarcas. El rey de los metales, pasando de un mundo a otro, pasó de un extremo de [desprecio a otro de estimación].

El mayor lucimiento pierde por común y aumenta la estimación el recato. Más fácil es lo que se lleva entre manos dar entre pies que ascender sobre la cabeza. Si el

sol no amaneciera sino una vez al año, fuera fénix de las estrellas y primera maravilla del cielo.

Mucho quita[n] de estimación los hartazgos. |

[h. 38r]

PRIMOR 17²

Toda prenda sin afectación

Toda prenda, todo realce, toda perfección, ha de engastar en sí un varón cabal, pero afectar, ninguna, porque es la afectación el lastre de la grandeza.

Consiste en una alabanza de sí muda y el alabarse uno es el más propio vituperarse. La perfección ha de estar en sí, la alabanza en los otros; y es merecido castigo que, al que neciamente se acuerda de sí, discretamente le pongan en olvido los demás.

Es muy libre, y aun anómala, nuestra estimación; no gusta de artificios, mucho menos de violencias. Ríndese más presto a una elocuencia callada de méritos que a la desvanecida ostentación de prendas. Impide muchas veces una pequeña estimación propia un grande aplauso ajeno.

Júzgase la prenda afectada antes por violenta que por natural, y así da gran baja en el valor. Todos son necios los Narcisos, pero los de entendimiento con irremediable necedad, como si la sal [¿pica?] en desabrida. Si es necio el Narciso de lo exterior, seralo el de lo interior, y más incurable el achaque, porque está el mal en el médico mismo.

Pero si el afectar prendas es necesidad de a ocho, no le queda grado al afectar | [h. 38v] vicios.

Por huir la afectación dan otros de medio a medio en ella, pues afectan el no afectar; refleja imperfección y, por lo doble, forrada de simplicidad.

Afectó Tiberio el disimular, pero no previno disimular el disimular. Consiste el primor de un arte en desmentirla, y el mayor artificio consiste en encubrirla con otro mayor.

Grande es dos veces el que abarca todas las prendas en sí y ninguna en su estimación. Con un discreto o generoso descuido dellas tiene en perpetua atención a todos y, siendo él ciego para sus prendas, hace Argos a los demás.

Destreza grande, que si otras por extravagantes sendas guían a la grandeza, esta por opuesta y al parecer contraria lleva de medio a medio al trono de la inmortalidad. |

² La versión última del autógrafo carece de Primor 16 porque Gracián decidió en segunda instancia unir la materia de dicho primor con la del anterior, suprimiendo, por consiguiente, el epígrafe con su numeral y su título (véase Sánchez, 2022b: n.º 269).

[h. 40r]

PRIMOR 18

Elección de ideas

Carecieron por la mayor parte los héroes de hijos o de hijos héroes, pero no de imitadores; que parece los expuso el cielo más para ejemplares de celsitud que para propagadores de la naturaleza. No tuvo hijos César pero sí muchos herederos de su valor, póstumos de su grandeza.

Son los varones eminentes textos animados de la reputación, de quienes debe el varón máximo tomar liciones de eminencia, repitiendo sus hechos y construyendo sus hazañas.

Propóngase en cada empleo los primeros, no tanto a la imitación cuanto a la emulación; no para seguirles, sí para adelantárseles.

Fue Aquiles ufano desvelo de Alejandro y, durmiendo en su sepulcro, despertó en aquel la emulación de su fama. Abrió los ojos el alentado macedón al llanto y al aprecio por igual, y lloró, no a Aquiles sepultado, sino a sí mismo, aún no nacido al aplauso.

Empeñó después Alejandro a César, y lo que fue Aquiles para Alejandro, fue Alejandro para | [h. 40v] César. Picole en lo más vivo, en la generosidad del corazón, y adelantose tanto, que le puso la vitoria en cuestión; pues si Alejandro hizo teatro de sus proezas el Oriente, César el Occidente de las suyas.

Decía el magnánimo aragonés don Alonso de Nápoles que no así el clarín solici-taba al generoso caballo como le inflaba a él la trompa de la fama de César. Y nótese cómo se van heredando estos héroes con la emulación la grandeza, y con la grandeza la fama.

En todo empleo hay quien ocupa la primera clase, y la ínfima también. Son unos milagro de la excelencia, son otros antípodas destes milagros. Sepa el discreto discernirlos y apreciarlos, y tenga bien repasada la categoría de los héroes y estudiado el catálogo de la fama.

Hizo el disílabo de los jubilados Plutarco en sus *Paralelas*; de los modernos, Paulo Jovio en sus *Elogios*. Deséase hasta ora una crisis integérrima, pero ¿qué ingenio la presumirá? Fácil es de señalarles lugar en tiempo, pero difícil en grandeza. | [h. 41r]

Pudiera ser idea universal en todo primor (si no pasara a milagro, dejando ociosa toda imitación y ocupando toda la admiración) el gran monarca de los héroes, el rey nuestro señor don F[elipe] el 4. Llámese centro de todas las prendas el émulo común de cuantos héroes pregona el aplauso. Sea espejo común quien retiene todas las maximidades, no digo ya grandezas.

Pero ¿qué mucho se equivoque mi legalidad en señalarle primor, si la fama se halla confusa en señalarle renombre? El Afortunado le previno el más advertido aplauso, pues lo es en causas y en efectos. |

[h. 41v]

PRIMOR 19

Paradoja crítica

Seguro el héroe del ostracismo de Atenas, peligra en el criticismo de España. Extravagante aquel, le desterrara luego a los distritos de la fama, a los confines de la inmortalidad. Paradojo este, le condenara a que peca en nunca pecar. Es critiquetz destos que debe el varón entendido deslizar levemente alguna vez, y aun dejarse caer algún leve descuido, para entretener la invidia, para cebar la intención.

Juzgan por imposible el salvarlas, aunque sea un gigante de esplendor, porque cuando no hallan presa propia, suelen atreverse a lo mejor, llegan a malear lo más sano.

Hay intenciones con metafísica que saben sutilmente transformar las prendas y dar siniestra interpretación a las más esentas acciones, a los más justificados empeños.

Sea, pues, treta sutil permitirse algún venial deslíz que roa la impaciencia de la invidia, afectar algún ligero desmán que distraiga el veneno de la emulación.

Pase por triaca política esta, por contraveneno de prudencia; pues, naciendo de un achaque, tiene por efecto la salud. Rescate el corazón exponiéndose al canino malear.

Una travesura de la naturaleza suele ser perfección de toda una hermosura y un lunar tal vez da fondo a los realces de la belleza. Hay defectos sin defecto. Afectolos Alcibíades en el valor, Ovidio en el ingenio, llamándolos “fuentes de la salud”.

Ocioso es el primor | [h. 42v] porque ¿quién es la fenis en todo, el centro de todas las prendas, el sol de todo el lucimiento? No es menester arte para imperfección, sí para la cultura; sin afectar, los desaires se nacen. ¿Quién es el sol sin eclipses, el centro de todas las líneas de perfección, la reina de lo florido sin espinas? |

[h. 44r]

PRIMOR [20]

Vaya el mejor gajo de la corona del ánimo

Todo lucimiento descende del Padre de ellos, y, si de padre, a quien no degenera. Es la virtud hija de la luz auxiliante, y así con herencia de esplendor. Es la culpa un monstruo que abortó la ceguera, y así heredada en obscuridad.

Todo héroe participó tanto de grandeza cuanto de virtud, porque corren entrambas paralelas desde el nacer al morir. Eclipsóse en Saúl la una con la otra, y amanecieron en David a la par.

Fue Constantino entre los césares el primero que se llamó Magno, y fue juntamente el primer cristiano emperador; superior oráculo de que con la cristiandad nació a la par la grandeza.

Carlos, primer emperador de Occidente, alcanzó el mismo renombre y aspiró al de santo. Luis, gloriosísimo rey de Francia, fue flor de santos y de reyes.

En España, Fernando el Santo de Castilla fue el Magno del orbe y el conquistador rey de Aragón | [h. 44v] consagró tantos templos a la Reina de los cielos como conquistó villas y ciudades. Los dos reyes Católicos, Fernando y Isabel, fueron el *non plus ultra* de la piedad y religión.

El bueno, el pío, el religioso de los Filipos de España, no perdiendo un palmo de tierra, ganó el cielo a varas; y, dejada a un lado toda pasión, de verdad se hallará que venció más monstruos con su virtud que Alcides con su clava.

Entre capitanes, Godofre de Bullón, Jorge Castrioto, Rodrigo Díaz de Vivar, el gran Gonzalo Fernández, el marqués de Pescara, el primero de Santa Cruz y el capitán de capitanes, el serenísimo señor don Juan de Austria, fueron espejos del valor y templos de la piedad.

Entre los héroes sacros, los dos primeros a quienes dio renombre la grandeza, Gregorio y León, les dio esplendor la santidad.

Aun en los gentiles y infieles reduce el águila de los doctores, el sol de los ingenios, Agustino, toda la grandeza al fundamento de algunas virtudes morales.

Creció Alejandro hasta que menguaron sus costumbres. Venció Alcides monstruos de fortaleza hasta que se rindió a la mayor flaqueza. Fue tan cruel la fortuna con ambos Nerones, el de Roma y de Castilla, cuanto lo fueron ellos con sus vasallos. Monstruos fueron de la lascivia y flojedad Sardanápalo, Calígula y Rodrigo, | [h. 45r] y ejemplos del castigo también, que ningún hijo del vicio lo es de la felicidad.

En las monarquías pretende evidencia este desengaño. Floreció el que es flor de los reinos mientras floreció la piedad y religión, y marchitose con la herejía su belleza. Pereció la fénix de las provincias en el fuego de Rodrigo, y renació en la piedad de Pelayo y en el celo de Fernando.

Salió a ser maravilla de prosapias la agustísima casa de Austria y, fundada su grandeza en la que es cifra de las maravillas de Dios, rubricó su imperial sangre con la de Cristo, Señor Nuestro sacramentado. | [h. 45v]

Dé ya evidencia moderna a esta verdad el excelentísimo señor Conde-Duque, conde por [seguir] detrás del mayor monarca, duque por ir delante guiando a todos; en quien todo el cielo de tantas estrella[s] de capacidad, valor, fidelidad, felicidad, se mueve sobre estos ejes de virtud y capacidad. Para ser valido del monarca de la tierra,

comenzó por serlo del del cielo. Sobre todo campea en este gran príncipe la piedad con el mayor de los sacramentos, como [...] del santo sacramento, que así se puede llamar los de Austria. Modelo nuevo de privados en no recibir, librando todo su atesorar en el cielo. Puede estar gozosa España, que si la impiedad y la malicia de un conde la perdió, hoy la cristiandad, virtud, celo y prudencia de otro con maravilloso desquite la restaura. | [h. 45r]

¡Oh, pues, varón heroico, candidado de la grandeza, amante de la fama, pretendiente de la felicidad! Nota el más culto primor, repara en la más constante destreza. No puede la excelencia fundarse en el pecado, que es nada, sí en Dios, que lo es todo; y quien está lejos deste Señor, que es origen y el principio de la grandeza, lejos está de conseguirla. Pero si la excelencia soñada y caduca desta mortal vida es de codicia, sea la verdadera, la inmortal, la eterna de ambición. Poco es ser héroe en el mundo, mucho sí el serlo en el cielo, a cuyo gran Monarca sea la gloria. |

Bibliografía

BLASCO, Javier

Poética de la escritura. El taller del poeta. Ensayo de crítica genética (Juan Ramón Jiménez, Francisco Pino y Claudio Rodríguez). Valladolid: Cátedra Miguel Delibes, 2011.

CACHO CASAL, Rodrigo

“Quevedo y la filología de autor: edición de la silva *El pincel*”, en *Criticón*, número 114 (2012), 179-212.

COSTER, Adolphe (editor)

Baltasar Gracián. *El Héroe*. Reimpresión de la edición de 1639 publicada con las variantes del códice inédito de Madrid y el retrato del autor por Adolphe Coster. Chartres: Librairie Lester, 1911.

EGIDO, Aurora (editora)

Baltasar Gracián. *El Héroe*. Edición facsímil del autógrafo (Manuscrito 6643 de la Biblioteca Nacional de Madrid) y de la impresión de Madrid, 1639, por Adolphe Coster (Chartres, 1911). Estudio preliminar de Aurora Egido. Zaragoza: Gobierno de Aragón/Institución Fernando el Católico, 2001a.

Baltasar Gracián. *El Héroe*. Edición facsímil (Madrid: Diego Díaz, 1639). Prólogo de Aurora Egido. Zaragoza: Gobierno de Aragón/Institución Fernando el Católico, 2001b.

Baltasar Gracián. *El Héroe*. Edición facsímil (Huesca: Juan Francisco de Larumbe, 1637). Prólogo de Aurora Egido. Zaragoza: Gobierno de Aragón/Institución Fernando el Católico, 2016.

GARCÉS MANAU, Carlos y José Enrique LAPLANA

“Baltasar Gracián: cartas y noticias desconocidas”, en *Voz y Letra*, volumen XIII, número 2 (2002), 61-79.

GRACIÁN, Baltasar

El Héroe de Lorenzo Gracián. Dedicado a la Sacra Católica Real Majestad del Rey Nuestro Señor don Felipe el Cuarto. Biblioteca Nacional de España, ms. 6643.

El Crítico. Edición crítica de Luis Sánchez Laílla y José Enrique Laplana. Anotación de María Pilar Cuartero, José Enrique Laplana y Luis Sánchez Laílla. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2016, 2 volúmenes.

GRÉSILLON, Almuth

“La critique génétique: origines et perspectives”, en Bénédicte Vauthier y Jimena Gamba Corradine (editores). *Crítica genética y edición de manuscritos hispánicos contemporáneos*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2012, 35-43.

ITALIA, Paola y Giulia RABONI

“¿Qué es la filología de autor?”, en *Creneida*, número 2 (2014), 7-56.

LOIS, Élida

“La crítica genética: un marco teórico sobre la disciplina, objetivos y método”, en *Creneida*, número 2 (2014), 57-78.

ROMERA-NAVARRO, Miguel

Estudio del autógrafo de El Héroe graciano (ortografía, correcciones y estilo). Madrid: S. Aguirre Impresor, 1946.

SÁNCHEZ LAÍLLA, Luis

“El autógrafo de *El Héroe* de Baltasar Gracián: nueva visita”, en *Atalanta. Revista de las Letras Barrocas*, 8, número 2 (2022a) [en prensa].

“Del escritorio a la imprenta. Mudanzas de *El Héroe* de Baltasar Gracián”, en *Archivo de Filología Aragonesa*, 76 (2022b) [en prensa].

STUSSI, Alfredo

Introduzione agli studi di filologia italiana. Bolonia: Il Mulino, 2007.

VAUTHIER, Bénédicte

“¿Critique Génétique y/o Filología d’Autore? Según los casos... ‘Historia’ —¿o fin?— ‘de una utopía real’”, en *Creneida*, número 2 (2014), 79-125.

